

NOTICIAS

In Memoriam



Luis Heriberto Rivas
 (* 4/8/1933 – † 9/6/2022)

Director de *Revista Bíblica* desde 2002 hasta 2016

Los que fuimos sus alumnos, discípulos y colegas, apoyados en una tradición ya difícil de rastrear, lo llamábamos en voz baja, y no sin cierta picardía: “El *Rabbi*”.

Se puede ser Maestro por diversas razones y de diversos modos. Habilidad pedagógica y didáctica, novedad, contundencia de contenidos, de pensamiento y de enseñanza. Pero, sobre todo, por la capacidad y habilidad para cautivar a alumnos y oyentes. Y Luis tuvo mucho de todo ello.

Pero Luis fue para mí Maestro también por otras razones. Su impresionante –aunque siempre expresado con decoro y silenciosamente– amor a la Palabra y su empeño por insertar en el ambiente académico –y en otros menos sofisticados– la arrolladora Renovación Bíblica Católica, que comenzó allá por 1893 con León XIII, y que siguió su marcha irrefrenable gracias a hombres como Luis.

Este gran maestro nació un 4 de agosto de 1933, bajo el patronazgo del Santo Cura de Ars, en la localidad de 25 de mayo, provincia de Buenos Aires. Tempranamente la familia se trasladó a la capital federal. Decidido a ser sacerdote desde muy chico, ingresó al Seminario Metropolitano de la Arquidiócesis de Buenos Aires el 5 de marzo de 1952, a los 18 años. Fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1959. Poco tiempo antes, el 30 de noviembre había alcanzado la Licenciatura en Teología.

Después de cinco años de actividad pastoral parroquial partía hacia Jerusalén para asistir al Studium Biblicum de los Padres Franciscanos, aprovechando igualmente algunas clases en la École Biblique, donde estudió con los grandes exégetas dominicos Roland de Vaux, Pierre Benoit y Marie-Émile Boismard, entre otros. Siguiendo las directivas pontificias de la época, rindió los exámenes en Roma, ante la Pontificia Comisión Bíblica, para obtener la Licenciatura en Sagradas Escrituras. Corría el año 1966.

Después de una corta estadía en Alemania fue convocado por el P. Lucio Gera, Decano por entonces de la Facultad de Teología, junto con el P. Jorge Mejía, sus grandes mentores, para hacerse cargo de la cátedra de Nuevo Testamento. A partir de allí desplegó hasta la semana anterior a su fallecimiento, con 89 años, una amplísima y fructífera actividad docente en Argentina y en varios países de Latinoamérica, destacándose como un reconocido maestro y referente de numerosas generaciones de seminaristas, religiosos, religiosas y laicos en diversos centros de estudios.

Como fuente y fruto de esa tarea docente desplegó también una intensísima actividad de estudio e investigación, de la que surgieron más de 60 publicaciones: libros, artículos de revistas, colaboraciones, traducciones, comentarios bíblicos y participación en la redacción de ponencias.

Luis, además, ha mostrado siempre una verdadera vocación eclesial. No puedo dejar de recordar que en 1968 partía rumbo al Vaticano para colaborar, como perito, en la elaboración del Directorio para el diálogo con los judíos. Asimismo durante el período entre Medellín y Puebla (¡10 años!) fue adjunto para las relaciones con el judaísmo en el CELAM. Y como él contaba, conoció en América Latina más sinagogas que iglesias... Fue perito de la Comisión Episcopal de Fe y Cultura del Episcopado Argentino y durante 10 años fue presidente de la Sociedad Argentina de Teología. Participó activamente en la SAPSE (Sociedad Argentina de Profesores de Sagrada Escritura); dirigió por años la Revista Bíblica y está particularmente asociado a la génesis de la actual Asociación de Biblistas Argentinos (ABA). Participó incansablemente en muchísimas jornadas en el país y en el extranjero (Semana Argentina de Teología, Cursos de extensión, Seminarios Intercátedras de la Facultad de Teología, Jornadas de Historia de la Iglesia, entre otras). Y colaboró en la traducción de la Biblia para los hispanoparlantes de Estados Unidos, pedida por el Episcopado de ese país.

Pero vuelvo al principio, al gran Maestro. Lo conocí cuando yo tenía 21 años y venía de la Física y la Matemática. A los 18 años había comprado mi primera Biblia. Al cuarto capítulo del Génesis la cerré y la archivé en mi pequeña biblioteca. A partir de sus primeras clases, caí, literalmente, fascinado por la Palabra. Fue mi primer profesor de Sagrada Escritura y lo sería por muchos años, al igual que Jorge Mejía. Con y por ellos experimenté –y lo sigo haciendo hasta el día de hoy– la fascinación por la Palabra hecha Carne, por el Verbo Divino manifestado en lenguaje humano.

¡Gracias! ¡Infinitamente, gracias, *Rabbi!*

[Hugo R. Safa, Buenos Aires]